

De red en red

La propiedad de lo digital

JUAN GÓMEZ-JURADO

Uno de los puntos más controvertidos a la hora de analizar el nuevo universo digital que se abre ante nosotros es la cuestión de la propiedad. Cuando el lector hace clic sobre un botón y adquiere un archivo que le permite descargar un libro electrónico... ¿qué ha comprado, exactamente?

Pues depende.

Si nos encontramos en la plataforma de Apple, iBooks, lo que uno ha adquirido es una posibilidad, concretamente la posibilidad de leer el libro dentro del ecosistema Apple, ya sea en un iPad, un iPhone o un Mac. El archivo del libro no es transparente, ni accesible. Ni siquiera podemos intentar quitarle el DRM [gestión digital de derechos] porque no sabemos cuál es el fichero que contiene la información.

En la plataforma de Amazon tenemos acceso al archivo de forma transparente, aunque este no es transferible entre dispositivos, sino que queda bloqueado y vinculado a la cuenta de usuario. En este, casi sí que se le puede quitar el DRM, lo cual es, por supuesto, una violación del acuerdo de licencia, por más correcto que pueda ser desde el punto de vista del usuario.

La cuestión principal que despierta esta falta de acceso a un contenido que hemos comprado es qué sucede si dejamos esa plataforma en beneficio de otra, o si esa plataforma fracasa, se cierra, la empresa quiebra... Sé que parece difícil que Apple o Amazon cierren sus puertas a corto, medio o incluso largo plazo, pero no es ese el verdadero dilema.

El nudo gordiano de la cuestión es que, a pesar de que hayamos comprado algo, en realidad la tecnología particular de la plataforma está secuestrando la titularidad del producto, pues funciona como un cuello de botella. Si la Unión Europea, pionera en los derechos del consumidor en tantos ámbitos, supiera hacer la «o» con un canuto en lo digital, ya habría impuesto por ley que un usuario pueda mover sus libros entre plataformas para que lo que estemos pagando no sea un alquiler a largo plazo, sino una auténtica compra de un bien, aunque esté hecho de unos y ceros.

Ajuste de letras

La edición y la crítica precoz

POR JAIME G. MORA

De Pla a Iñaki Uriarte, pasando por los editores de «El Malpensante», «buensalvaje» y el cerebro de la sombra de Carver: Gordon Lish

Cuando llevo demasiados libros sin leer a Pla. Nadie como Pla para aligerar la mente y la escritura con este ruido. Llevo muchos libros sin leer a Pla, escribo, y al cerrar la agenda cojo los primeros *Diarios* de Iñaki Uriarte.

Editores. Cuenta en *El Malpensante* Joe Hiland, editor de la *Indiana Review*, que le llega una cantidad asombrosa de escritos con errores tipográficos, gramaticales y con diálogos mal puntuados. Los rechaza, claro. También los relatos cuyos protagonistas se deshacen de cosas que pertenecen a una persona muerta o pérdida puesto que la comunicación de estas narraciones «tiene poco movimiento argumental». Tampoco acepta los cuentos con visitas a parientes hospitalizados y los que incluyen a estudiantes de posgrados y profesores con relaciones entre sí.

En el número de invierno de *The Paris Review* entrevistamos al editor Gordon Lish, que tuvo una gran influencia en la literatura estadounidense de los años setenta y ochenta. Lish dice que Raymond Carver no hubiera sido lo que fue sin él. «¿Se le habría prestado la misma atención si yo no lo hubiera editado? ¡Tontearías!», dice. Lish reescribió relatos de Carver de un modo incluso humillante para el autor de *De qué hablamos cuando hablamos de amor*: eliminó párrafos completos, redujo el número de palabras de algunos cuentos hasta en un 70 por ciento y cambió el sentido de varios finales. El minimalismo de Carver fue un invento de Lish. Ha editado así a muchos más escritores, dice. Ahora se pasa el día entero viendo la televisión: «Todos los canales, toda la basu-



DEMIPAGE

ra. Lo encuentro un gran sustituto a la vida».

David Villanueva y Manuel Guedán son los dos valientes que editan en España la revista *buensalvaje*. Es una publicación que nació en Perú hace más de tres años, cuando los suplementos culturales agonizaban. Fue un bombazo, me dicen. En este tiempo, la revista se ha expandido por Colombia, Costa Rica y México. A España llegó en noviembre de 2014. Es gratis. Entrevistan a escritores, cantantes; publican reseñas, crónicas, columnas, relatos, poemas, cómic... Detrás de la *buensalvaje* española está la editorial Demipage. En el piso donde trabajan hay torres de libros, revistas, instrumentos musicales y una mesa de grabación. David Villanueva también es músico. Editor y músico. Menudo cóctel.

El pensamiento mágico de Natalie Goldberg: «Si lees buenos libros, cuando escribas, harás buenos libros». Ya. Y si vas a buenos restaurantes cocinarás igual de bien. Y si escuchas a los Rolling Stones vivirás cien años. Otras citas que veo en el perfil de Twitter de Jon Winokur. William Zinsser:

«Casi siempre animo a la gente a escribir en primera persona. Escribir es un acto de ego y harías bien en admitirlo». M. F. K. Fisher: «Escribe una buena frase, que sea clara, y pon un punto al final de ella. Después, escribe otra frase». Terry Pratchett: «Eso del bloqueo del escritor no existe. Lo inventaron unos californianos que no sabían escribir».

Leo los relatos de Hernán Casciari porque soy un tipo de costumbres. Sigo a este escritor argentino desde hace años, cuando rompió con la industria editorial. «Chau publicidad, que te recorta la palabra; hasta nunca burocracia, que te distribuye mal y pronto; adiós y buena suerte ideología, que te despierta por la noche», dijo. Dejó de publicar sus columnas en prensa y pasó a editarse él mismo sus libros. Casciari solo se podía divertir en un medio sin publicidad como el que montó: *Orsai*. Compré los primeros números, de una edición exquisita, y compartí su entusiasmo. Escribía textos geniales, sobre su padre, sobre fútbol, sobre lo que se le ocurría. Leo lo que publica ahora

Manuel Guedán (a la izquierda) y David Villanueva, editores de «buensalvaje» en España

en *Papel* y me quedo frío, aunque observo que a mucha gente le sigue gustando.

Seré yo, que siempre que veo su firma me pregunto por qué la revista dominical de *El Mundo* no forma parte de esa industria editorial que mandó a cagar en 2010.

La crítica de libros. Escribe Alice Gregory en *The New York Times* sobre cuándo una reseña es injusta. Empezó a hacerlas con 23 años, sobre autores cuyas obras anteriores no había leído y sobre temas que nunca había abordado. Hizo críticas duras con una ligereza que le impedía valorar el esfuerzo que lleva publicar un libro. Hoy sigue creyendo que tenía razón, pero pide perdón a los autores que criticó. Dice que fue injusta con ellos. Ahora se limitaría a leer unos capítulos, tomar notas, pensar lo malos que son y olvidarlos. ¿Es injusto que un reseñista joven cuestione un libro? No lo creo. «Con lo fácil que es no escribir un libro malo», leo en los *Diarios* de Uriarte. Aún conservo esa ligereza que me lleva a advertir a quienes confían en mi criterio de que no pierdan el tiempo como yo.